

que para atraer al público se agitaban como epilépticos, corriendo en torno de su puesto, manoteando, exhibiendo sus artículos, entregándolos a ciertos compinches que se fingían compradores para impulsar a la gente reacia.

—¡Aquí! ¡Al tío que se ha vuelto loco y todo lo regala! —gritaba uno con voz de trueno. [...]

Siguieron adelante, y entraron en el corralón de las Nuevas Américas [se refiere a las Grandiosas]. Allí estaban los comerciantes en grande, los que adquieren el hierro y los adornos de los derribos. Las tiendas estaban establecidas en casuchas de madera vieja, pero su inmensa balumba de objetos, no encontrando espacio en tales estrecheces, esparcíase por los callejones y plazoletas del corralón. [...]

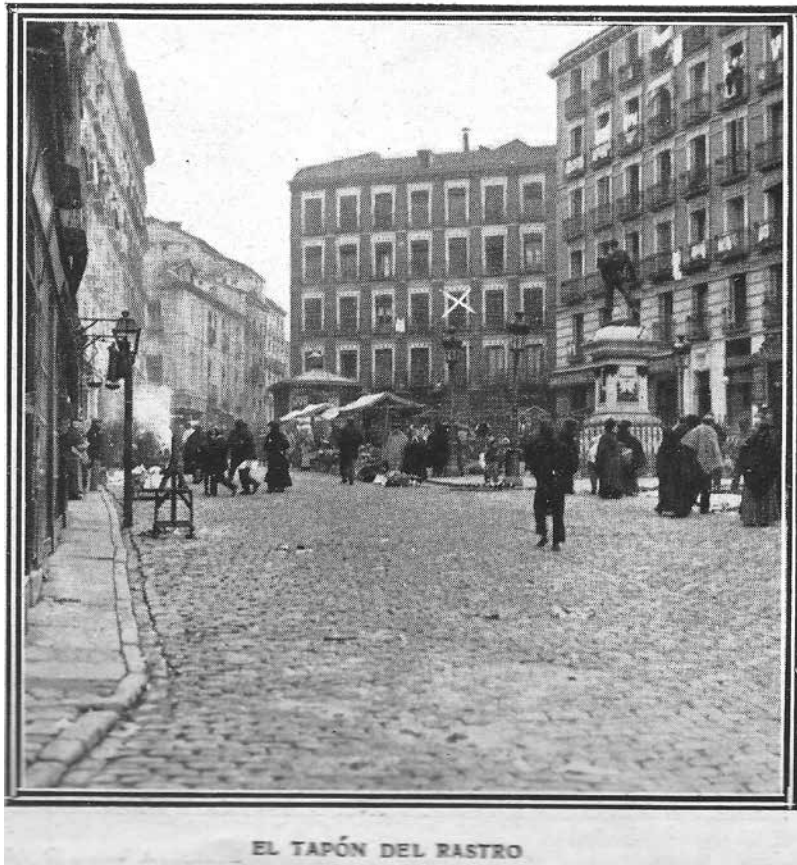
Atravesaron la ronda de Embajadores, llena de gente, de chamarileros libres que no podían pagar un puesto, de corrillos que escuchaban el canturreo de un crimen célebre ante el cartelón pintarrajeado con las escenas más truculentas del suceso, y entraron en otro corral. —Esto —dijo Maltrana— es el Rastro del Rastro; lo más barato de la baratura. Los de la Ribera de Curtidores miran a los de aquí como puedan mirarles a ellos los comerciantes de la Puerta del Sol.



Fragmento de la novela *La horda* (1905), de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), que incluye unas de las descripciones más completas del Rastro que han aparecido en la literatura. En las imágenes, la portada de la obra y una fotografía del autor.



Inicio de la calle Embajadores en su esquina con la plaza de Cascorro antes y después del derribo de los edificios del Tapón del Rastro. Como referencias para la comparación, en ambas imágenes el edificio en primer plano a la izquierda pertenece a la calle Embajadores, mientras que la calle que aparece en el centro es la de las Maldonadas. El edificio que se muestra en el centro de la imagen superior es uno de los que se derribaría, y en su planta baja se encontraba el llamado Cafetín del Manco.



La revista *Actualidades* en esta foto de 1909 marcó con una cruz uno de los últimos edificios del Tapón del Rastro que se resistían al derribo. A diferencia de las fotografías de la página anterior, esta está tomada desde la Ribera de Curtidores. La reforma fue una de las numerosas que acometió en la ciudad Alberto Aguilera (en la imagen del grabado) mientras fue alcalde de Madrid. CdeA.



Mira: ya estamos en la plazuela del Rastro, algo distinta de lo que era en la época de tus ensueños, porque han desaparecido los vetustos edificios.

—¿De quién es esa estatua?

—De un hijo del pueblo: del héroe de Cascorro, de Eloy Gonzalo. Pero, sigamos. Mira a ambos lados de esta calle tan pina, y dime si has visto en tu vida algo tan heterogéneamente pintoresco como esos puestos en que hay de todo: cunas, navajas, imágenes, pistolas, sacacorchos, braseros, libros, cabezadas, cubos... ¡en fin!... cuanto estorba en una casa, cuanto se roba y cuanto se vende para comprar una libreta, acude a estos puestos.

—¿Pero es que vienen aquí a venderlo?

—No todo. Esos hombres que vocean por la calle con su saco a la espalda, el ¡traperooo! es el principal proveedor de las Américas: compra de primera mano al público de toda la capital, y lo vende después por un tanto alzado a otros comerciantes que le dan salida al menudeo... ¡al detall, como si dijéramos!... Después vienen los comerciantes de los puestos, que compran a los segundos lo que les conviene, y lo que nadie quiere: las vasijas esportilladas, los botones rotos, todo lo inservible sirve para montar un puesto en pleno arroyo, y constituyen un medio de vivir... que no da para vivir; pero como todo encuentra



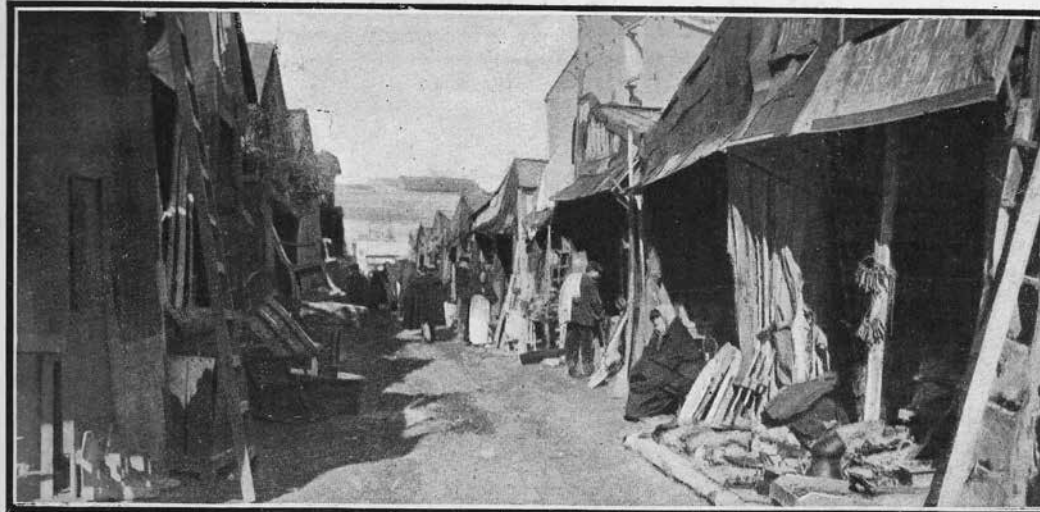
comprador, hasta lo que parece inservible, de aquí que en esta inmensa colmena se agite un mundo que sirve para todo y que a todo se dedica con tal de sacar para el panecillo. [...]

Aquí te hallas en pleno siglo XVIII. Nada ha cambiado más que algunos edificios que de puro aburridos han ido derrumbándose y se han hecho nuevos. Ese es el Rastro de Madrid, al que asiste un público que, de no verlo, no lo creerías; y no es raro hallar a algún elevado personaje revolviendo entre esa porquería, buscando botones roñosos o hevillas [*sic*] raras que faltan en su colección.

Con todo, a veces se encuentran verdaderas preciosidades entre tanta basura, y más de un aficionado a la arqueología ha comprado por unos céntimos en el Rastro lo que, colocado en un salón, y regalado luego, ha valido algún alto destino.

Mira donde quieras y verás recuerdos de grandeza, suspiros de miseria, boqueadas de hambre, en ese revuelto torbellino, y dime si no es esto digno de ser estudiado con la mayor atención.

Tanto el texto, de A. D'Ollarpa, como las imágenes pertenecen a un artículo de *Juventud Ilustrada* de 1906. CdeIA.



Vista de una calle de las Américas, cuya desaparición está acordada

RINCONES DE MADRID.--EL RASTRO



Un puesto de libros viejos



FOTS. NUEVO MUNDO

Ropas, muebles y objetos de cocina

Algunas de las imágenes de las Américas que aparecieron en 1906 en la revista *Nuevo Mundo* cuando se acordó por parte del Ayuntamiento su demolición. CdeIA.



Postal de principios del siglo pasado de la editorial Lacoste de la plaza del Rastro con la estatua de Cascorro.